

Autor: Abilio Ayuso
UN AMOR
IMPOSIBLE

Ilustrador Ronny Bravo



Todas las historias de amores complicados, retorcidos o **+14** tormentosos, que luchan contra corriente de la sociedad, solo con la fuerza del amor, indefectiblemente acaban en tragedia, y no únicamente las reales o las basadas en hechos verídicos, sino incluso las de ficción. Aparentemente ello es inevitable, no hay ninguna que acabe bien. Aunque podría ser, que solamente las que tienen un fin trágico sean de dominio público, mientras que las que gozan de un final feliz permanezcan en el anonimato. Los personajes y situaciones aquí descritos, son solo fruto de la imaginación del autor, por tanto, cualquier parecido con otros de la realidad es pura coincidencia.

Cesar era un joven brillante que había llegado justo a donde quería, a la edad en que otros aún debaten su futuro él era un escritor de fama reconocida, aunque su especialidad, el ensayo y la filosofía, a pesar de que proporcionaba prestigio social, no era de las que consiguen hacerte rico, pero le bastaba para llevar una vida digna.

Evidentemente, ganaba más quien escribía una novela de éxito que él con siete publicaciones, aunque eso no le importaba porque hacía justo lo que le gustaba y encima podía vivir de ello, cosa que estaba al alcance de muy pocos mortales.

Irene era una huérfana que había heredado un imperio económico, fría, astuta y calculadora, se dedicaba a vivir la vida como quería, utilizando a quienes la rodeaban como fichas de ajedrez, tenía proyectado casarse y tener dos hijos, pero no quería un marido que estuviera a su altura en la escala social, sino uno que pudiera manipular a su antojo, pero que sin embargo no fuera un desgraciado, sino alguien con un cierto prestigio, que fuera decorativo en la alta sociedad.

Para Irene, Cesar era el candidato perfecto, joven, guapo, sano, inteligente, con un prestigio reconocido y amplia cultura, y para postre buena persona.

El dinero, sabiamente utilizado es una herramienta utilísima, ella sabía usarlo.

Consiguió deslumbrar a Cesar con su glamour y estilo, lentamente lo atrapó en su tela de araña, hasta que, desoyendo las voces de algunos buenos amigos, y en contra de sus principios, se casó con la millonaria, eso sí, firmando como el tonto enamorado que era, todo lo que los abogados de ella le pusieron por delante, documentos en los que renunciaba a esto, aquello y lo de más allá, mediante cláusulas leoninas.

Ella quería dos hijos, y no tardó en conseguirlos, a partir de entonces se tornó gélida y distante con el pobre Cesar, que no acertaba a comprender que le sucedía a su amada esposa.

Al cabo de bastantes años, ella le explicó el cuento chino que ya tenía preparado: Todo era una cuestión psicológica porque le asustaba la idea de volverse a quedar embarazada, y los anticonceptivos le sentaban mal, si él accediera a practicarse la vasectomía todo volvería a la normalidad.

Finalmente y muy a disgusto aceptó. La trampa estaba cerrada, la muy zorra había conseguido su propósito, que sus hijos no pudieran tener más hermanos por parte de padre. El zángano había cumplido su misión y la abeja reina no le necesitaba, a partir de entonces el desprecio fue total.

La vida del pobre muchacho se tornó sombría como la muerte, el problema no era la soledad, sino la imposibilidad de aliviarla, cualquier pequeña relación extramatrimonial que hubiera intentado iniciar, le hubiera servido a la arpía que tenía por esposa para plantearle un divorcio en el que perdería a sus hijos.

Estaba convencido de que ella no tendría ningún escrúpulo en contratar a los detectives más eficientes para conseguir pruebas del mínimo desliz, por otro lado como los niños siempre estaban en colegios de élite en el extranjero o realizando algún crucero o esquiendo en una estación de lujo con mamá, su soledad era completa y aquel muchacho alegre y jovial se fue convirtiendo en un hombre taciturno y amargado.

Cuando los niños cumplieron doce y trece años respectivamente, ella consideró que era el momento oportuno para plantear el divorcio.

Había conseguido convertir a los críos en seres frívolos y mimados que bailaban al son de su dinero, cuando se les pidió que decidieran, lo tenían muy claro, papá era buena persona sí, y había sido un buen padre, pero ellos querían quedarse con mamá y sus lujos.

Con todo lo que había firmado antes de la boda, Cesar sabía que no tenía derecho a reclamar nada, no obstante como mujer calculadora que era, ella compró su discreción con una limosna, le dio la masía que él había hecho restaurar con un gusto exquisito y el pequeño refugio en las montañas junto al lago.

No era el valor material de aquellas propiedades lo que las hacía tan importantes para su marido, sino la carga sentimental, el amor que había puesto en restaurar y reconstruir cada detalle, él había dejado allí parte de su alma, mientras que a ella no le hubiera importado arrasarlas con una excavadora.

Aun así, le obligó a firmar el compromiso de que no podría pignorar ni vender dichas propiedades, excepto a “un hijo biológico”, lo cual era una especie de burla porque era bien sabido que después de su operación, difícilmente tendría más hijos biológicos.

Para colmar el pastel, una guinda, tuvo que aceptar dejar toda su herencia a su fallecimiento a los hijos de ambos.

Por un lado, se alegró de su renovada libertad, pero aún le esperaba una prueba más dura, las cláusulas de divorcio especificaban que podría tener a sus hijos algún fin de semana, solo en los paréntesis escolares, puesto que estudiaban en el extranjero.

Hacía tres meses que no los veía y tenía verdaderas ganas de abrazarlos, llegó el día señalado y con él la primera excusa: “Lo sentimos papá, pero es que Pitusa nos ha invitado a una fiesta ese fin de semana y no podemos faltar”.

Siempre había un buen motivo para que no pudieran verse en el fin de semana indicado y Cesar, como hombre generoso que era, condescendía.

Cuando hubo pasado un año consiguió verlos unos minutos, habían crecido, pero además había algo distinto en ellos, le recibieron fríamente y cuando él les reprochó cariñosamente que entre unas cosas y otras llevaban un año sin verse, el mayor le dijo en tono muy serio: “Mira papá, no te sepa mal, pero es que a mamá no le gusta que nos veamos contigo y no queremos enfadarla, ya sabes cómo es”.

Cuando Cesar respondió le temblaba la voz, y tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar: “Si hijo, ya se cómo es mamá, no os preocupéis, lo último que quiero es hacer algo que os perjudique, vosotros conocéis muy bien la masía donde voy a vivir y su número de teléfono, llamarme cuando lo creáis oportuno, yo siempre os estaré esperando”.

Y esperó, esperó y esperó en vano, no tenía apenas vida social porque procuraba no ausentarse demasiado de la masía, por si le llamaban Allí se dedicaba solo a escribir libros que inevitablemente destilaban la amargura que sentía.

Al cabo de doce años se desengañó por completo, su hijo ya sería un hombre que iría donde quisiera y la niña... Ya no sería una niña, le chocó la idea de que tal vez ni la reconocería y si la encontrara en la playa podría pensar: “Que tía tan buena” de su propia hija.

Estaba claro que sus niños ya no existían, y los jóvenes que los habían sustituido si no contactaban con él era porque no les daba la gana.

Decidió cambiar de aires por completo, le ofrecieron el alquiler de un pequeño palacete en pleno casco antiguo de una ciudad marroquí, un año completo por una miseria, cerró la masía y se mudó sin pensarlo.

Era la típica construcción árabe, sin ninguna ventana al exterior de los angostos callejones que la rodeaban, a los que presentaba una lisa y elevada pared como una muralla.

Sin embargo, un patio central porticado, con un precioso estanque en el centro, proporcionaba una gran luminosidad, todas las ventanas daban a ese patio central.

La sobriedad exterior contrastaba con la cerámica policromada, las vidrieras de colores y las hermosas flores del interior, pero nadie podía observar nada de lo que sucedía en aquella casa, como no fuera desde un helicóptero.

Contrató un par de señoras que venían un solo día a la semana a limpiar, pero eso sí, les dejó bien claro que su despacho era terreno intocable. Cuando limpiaban, o se encerraba en él a trabajar, o si salía, lo dejaba cerrado con llave.

Les explicó que no soportaba que nadie removiera sus papeles y libros y parecieron comprenderlo muy bien.

A sus cincuenta años se sintió renacer, el olor y el bullicio de aquella ciudad y de su zoco eran como un bálsamo para su espíritu.

Por el contrario, cuando quería soledad y sosiego se encerraba tras el doble portón de su palacete y podía estar días sin ver a nadie.

Por otro lado, le hacía gracia pensar, que ahora que estaba psicológicamente liberado de cargas y traumas, se encontraba en un país no muy propicio para hallar aventuras amorosas.

Un lugar que le intrigaba del palacete era la cripta que se encontraba en el sótano. Parecía más antigua que el resto de la construcción y para colmo, en su interior, había una puerta herrumbrosa de la que no le habían dado la llave, aunque de poco le hubiera servido tenerla, porque todo el sistema de cerradura se veía tan oxidado que hubiera sido imposible abrirlo por las buenas, realmente aquella puerta no se había abierto en muchos años.

Iluminando con una linterna el pequeño enrejado central, vio que continuaba con un estrecho pasadizo. Calculando la posición de la cripta respecto a la casa, se dio cuenta que aquel pasadizo conducía fuera de sus muros exteriores, lo cual aguzó más su curiosidad.

Al día siguiente había comprado cable y focos, espray anti-óxido, lubricantes y toda clase de herramientas que creyó necesarias. La intriga se lo comía vivo y estaba dispuesto a averiguar donde conducía aquel pasadizo costara lo que costase, aunque sin dejar marcas visibles de su hazaña, para que al devolver el palacete el dueño no pensara que había intentado expoliarle alguna antigüedad que allí pudiera encontrarse.

Le costó dos días de trabajo, pero al final lo consiguió, mientras trabajaba le había parecido oír unos golpes metálicos al fondo del pasadizo lo cual acentuó más aún su instinto investigador,

Aún a pesar de los lubricantes la pesada y medio podrida puerta rechinó lastimeramente al abrirse. Tomó la batería de focos encendida y el rollo de cable y comenzó a caminar por el estrecho pasadizo que al final se ensanchaba un poco, para morir en un muro de ladrillo, extrañamente liso, pero impenetrable, allí no había absolutamente nada, excepto una enorme rueda de hierro adosada a la pared, como las que se usan para abrir las compuertas de las presas o acequias.

Consideró la posibilidad de hacerla girar, pero lo desechó de inmediato, porque si aquello realmente abría un conducto de agua, moriría allí ahogado como una rata.

Completamente decepcionado por lo inútil de su descubrimiento, comenzaba a retirarse cuando lo percibió con toda claridad, eran los golpes metálicos que había

creído oír ayer mientras trabajaba en la puerta, pero esta vez provenían con toda claridad del otro lado del muro de ladrillo.

No parecía un sonido casual, sino provocado por la mano humana, tomó la barra de hierro que había llevado con él por precaución y golpeó tres veces aquel extraño muro, la reacción fue sorprendente, los golpes de respuesta fueron rapidísimos, le parecieron una especie de llamada de angustia o socorro.

Estaban claras dos cosas, detrás de aquel muro no había agua y por el contrario había una persona posiblemente encerrada, si era así, podía tratarse de algún delincuente que quisiera escapar, pero la idea no le cuadraba, porque en aquel entorno no había ninguna comisaría ni prisión, así que decididamente, tomó la enorme rueda y comenzó a girarla cuidadosamente.

Para su sorpresa, a medida que giraba la rueda, el muro se desplazaba lentamente hacia un lado con un ruido sordo, hasta que comenzó a surgir una ranura que se iba agrandando, los golpes se detuvieron en seco, continuó hasta que calculó que podría pasar por la abertura existente y miró hacia el interior.

Con la barra de hierro en la mano, estaba preparado para ver casi cualquier cosa, menos lo que surgió por la abertura.

Era la chiquilla más bonita que creía haber visto nunca, una niña de apenas quince años, pero con un cuerpo de escándalo, que se percibía completamente porque solo iba vestida con un mono de seda rosa transparente que dejaba ver sus maravillosos pechos y su pubis depilado, una melena negra la caía en cascada sobre los hombros y sus enormes ojazos negros hipnotizaban.

Pero no tuvo ocasión de contemplarla excesivamente, porque de inmediato se le abrazó al cuello y comenzó a besarle, mientras en un correctísimo francés le decía gracias, mil gracias por haberme rescatado de este horrible encierro.

Para un hombre que llevaba tantos años sin sexo, notar aquellos cálidos pechos y aquel cuerpo divino apretado junto al suyo era realmente turbador, por otro lado tampoco era educado apartar violentamente aquella belleza de su lado, ósea que se quedó un buen rato plantado, dejándose abrazar y besar sin saber realmente que hacer.

Al cabo de un par de minutos, la niña pareció reaccionar, le pidió que cerrara la compuerta y se coló en su casa tan alegremente.

Al salir al patio le preguntó si había alguien más en la casa, si esperaba visita y si alguien más tenía llave, al oír las tres respuestas negativas palmoteó de alegría, se quitó el mono rosa, se metió en el estanque y le dijo a un asombrado Cesar: “Ven conmigo, vamos a bañarnos, hace mucho calor”.

A lo cual él respondió: “Vale, pero espera que iré a buscar un bañador”.

“¿Bañador?, eres tonto, ¿Qué llevo yo acaso?, ¿Para qué lo quieres si aquí nadie nos ve?”.

“Bueno... Nos vemos el uno al otro”.

“Tú ya me has visto, y por mí no te preocupes que no te morderé, anda ven”.

Obedientemente se quitó la ropa lo más rápidamente que pudo, antes de que la erección que comenzaba a notar fuera completa, lo cual le hubiera avergonzado muchísimo, porque además él era un cincuentón y ella una niña, pero no le sirvió de nada porque solo estirarse en los escasos dos palmos de agua del estanque ella se tumbó encima suyo y entonces ya no pudo reprimir una erección completa, ella lo notó, sonrió y dijo: “Que bien, te gusto”.

En este punto Cesar se puso todo lo serio que pudo y le dijo: “Escucha, claro que me gustas, eres preciosa, pero eres una niña y yo un hombre mayor y no podemos seguir por este camino”.

Con una sonrisa ella le respondió: “Haremos una cosa, yo te explico mi historia y como he llegado hasta aquí, y luego tú decides lo que si podemos o no podemos hacer”.

“Me llamo Yasmina, vivo sola con mi padre en otro caserón contiguo al tuyo, mi padre no me deja salir nunca de casa, y si tiene que ausentarse, aunque sea una hora o una semana, me encierra en esa mazmorra, de la que nadie más tiene conocimiento ni llave.

Si algún día le ocurre un accidente moriré de hambre cuando se me agoten los víveres. Cuando mi padre está en casa me paso el tiempo limpiando y cocinando como una esclava, y en realidad es lo que soy, porque ya ha pactado mi boda con un hombre muy rico que le pagará una fortuna.

Es un viejo asqueroso de más de sesenta años, y no es la edad la que me repugna, porque hay viejecillos muy agradables, sino que es asqueroso física y moralmente, hasta huele mal.

Cuando me case seré su esclava, y estoy segura de que tiene planeado hacer conmigo las peores guarradas que se le ocurran. Pero mientras tanto, aquí me ves, prisionera en nombre de la moral, pero todo es mentira, es solo fachada, ¿Encuentras lógico que un padre tenga a su hija semidesnuda con esos velos por la casa?. Pues eso no es nada, me tengo que dejar sobar si no quiero que me pegue una paliza, y cuando se ha puesto bien cachondo le tengo que masturbar, ¿Te parece eso normal?, y porque guarda mi virginidad como un tesoro para venderme mejor, sino estoy segura de que llegaría más lejos.

Cesar se quedó un rato callado impresionado por el relato de la chica, luego le contestó: “Pienso que este asunto se tendría que poner en conocimiento de la policía o de un juez...”.

“Estás loco, ¿No te has enterado de que estamos en Marruecos?, aun suponiendo que pudiera acudir, me darían una paliza y me devolverían a mi padre que me daría otra mayor, y a partir de ahí me encadenaría, la ley está de su parte, soy menor y mujer, lo que equivale a un monigote en sus manos”.

“Te doy la razón, pero si has decidido tener una aventura, debería ser con alguien joven como tú”.

“En principio, los hombres de mi raza me dan asco todos, no hay quien se salve porque ninguno me vería como un ser humano a su nivel, sino como una cosa que, si se posee, se puede usar como uno quiera, y si no, no se puede ni tocar. Hasta para los más jóvenes puedo ser una especie de lujo, una criada y objeto follable.

Por eso estaba suspirando por que apareciera un europeo por esa abertura, y has aparecido tú, que eres guapo, lo de mayor no importa, porque no lo eres tanto, y te da personalidad, y encima eres buena persona, no pienses que soy una zorra que quería echarme desnuda encima de cualquiera, aunque no te lo creas me he enamorado de ti en unos minutos”.

“Pero si no me conoces, además, ¿Cómo sabes que soy buena persona?”.

“Porque si no lo fueras ya me habrías violado y sin embargo eres un caballero, estoy desnuda encima de ti y no te atreves ni a tocarme. Pero basta de charla, estoy harta de comer conservas, vamos a la cocina y te mostraré lo buena cocinera que soy, piensa que eso hace subir mi precio, así como el hecho de que tenga cultura, hable idiomas y sepa tocar un instrumento musical, cuando vino a casa el cerdo de mi futuro marido, tuve que hacer exhibición de mis dotes para que mi padre pudiera venderme bien”.

Cesar se puso el pantaloncillo deportivo y la camisa, pero observó que ella le esperaba tal cual, así que discretamente le preguntó: “¿No te vistes?”.

Ella río de buena gana y señalando el mono de seda que yacía sobre una silla, le dijo: “¿Con eso?, si es transparente, además hace calor, y me lo podría manchar cocinando”.

Se notaba que tenía buena mano con la comida, rápidamente controló lo que había en la nevera y la despensa, y en unos minutos salía un aroma delicioso de un par de cacerolas, le había dicho a Cesar: “Tu siéntate aquí a mi lado y tómate una cerveza, mientras cocino vamos hablando”.

En realidad, él no sabía que decir, el hecho de tener a esa preciosa chiquilla cocinando desnuda le cortocircuitaba, ver como se movían sus maravillosos pechos y sus nalgas, mientras cortaba y removía enérgicamente la comida, le tenía hipnotizado, al final acertó a preguntar: “¿Por qué golpeaste el muro?, ¿Cómo se te ocurrió que detrás podría haber algo o alguien?”.

“No se me ocurrió, lo sabía, yo me críe con mi abuela porque mi madre había muerto en el parto, seguramente porque el puerco de mi padre no quiso llevarla a un hospital.

Cuando yo tenía diez años me explicó que, antiguamente, nuestras dos casas pertenecían a un noble bastante hipócrita, que había mandado construir el pasadizo secreto, y cuando se retiraba a la cripta a rezar y meditar, ordenando que nadie le molestara, se marchaba a la otra casa donde se dedicaba a la perversión y el mariconeo.

Cuando murió las casas se vendieron a diferentes familias. A mi abuela, de joven, su marido ya la encerraba en esta mazmorra cuando marchaba de casa, pero uno de los días en que estaba allí lamentándose de su desgracia, el muro se abrió como por arte de magia y apareció un hombre, mayor, pero guapo y de buen corazón, como tú.

Era del dueño de la otra casa que había descubierto el pasadizo. Se hicieron amantes y cada vez que el marido marchaba unos días por negocios, ella golpeaba el muro con un cazo, con lo que él sabía que ya estaba sola.

Nunca los descubrieron, pero al cabo de pocos años él murió y el muro no se volvió a abrir nunca más. Yo era muy feliz con mi abuela, pero hace un par de años murió, a mí me vino la regla, y mi padre comenzó a abusar de mí, con lo cual pasé de ser una niña alegre y despreocupada a la chica más desgraciada del mundo”.

Comieron allí mismo en la mesa de la cocina, sin dejar de hablar. Él le contó su historia, y al final ella comentó: “Pobrecillo, los dos somos injustamente desgraciados, así que tenemos perfecto derecho a robarle a la vida cualquier mordisco de felicidad que podamos darle, y más si no hacemos daño a otras personas. Por cierto, este champagne que me has dado está delicioso, es la primera vez en mi vida que pruebo alcohol, si mi padre lo supiera me mataría, aunque en realidad tendría que matarme por tantas cosas que con doce vidas no tendría bastante. Pero me ha dado un poco de sueño, ¿Dónde tienes la habitación?”.

Subieron por las escaleras al primer piso: “Mira, esta es la habitación de invitados...”.

“No te he pedido la habitación de invitados, sino la tuya”.

“Vale, ahora llegamos, ¿Qué te parece?”.

“Genial, y con esa cama tan grande, la mosquitera, sábanas de seda... Perfecta, vamos a estirarnos un rato”.

“Bueno yo te dejo dormir y mientras recojo la cocina, si quieres un pijama...”.

“Sigues siendo igual de tonto, no quiero un pijama, quiero estar así desnuda, y no quiero que recojas la cocina, quiero que te desnudes y te estires aquí conmigo, ¡ahora!, y tienes suerte de que temo quedarme embarazada sino te haría el amor como una loba”.

“No, si de mí no puede quedarse nadie embarazada, mi exmujer me enredó para que me hiciera la operación de vasectomía”.

“Guau, entonces eres el hombre perfecto”.

Se estiraron en el enorme lecho, él sin atreverse apenas a mover un dedo, pero enseguida notó como ella se le abrazaba, pegando el cuerpo al suyo. Cuando vio que comenzaba a situarse encima, le dijo muy serio: “No sé qué idea tienes, pero no creas que porque te he explicado lo de la vasectomía vamos a hacer el amor ni mucho menos, además tu eres una menor y sería un delito y eres virgen, te haría daño, y luego al casarte tu marido se daría cuenta y ves a saber lo que te haría...”.

“¿Quieres parar de decir idioteces?, a ver si te enteras, puedo ser virgen moralmente, pero físicamente ya me he encargado yo de romperme el himen, así que ni me harás daño ni cambiarás nada en mí. En cuanto al delito, aquí lo sería aunque yo tuviera cuarenta años, y ahora escúchame bien, dentro de poco me venderán a un cerdo que me violará y me esclavizará con quince años. ¿Cuál quieres que sea el recuerdo de mi primer amor, un baboso guarreándome?, ¿Qué pretendes que mi vida sea desgraciada de principio a fin sin una chispa de felicidad?, ¿Quieres que sea una amargada que acabe suicidándome?. Tengo derecho a ser feliz por unas horas en mi puta vida, así que no intentes detenerme o soy capaz de gritar y decir que me has secuestrado.

Dicho lo cual ella se acabó de colocar encima de él y lo besó ardientemente.

Cesar ya había perdido toda su voluntad, la abrazó tímidamente y se dejó hacer el amor. Para su terror eyaculó mucho antes de lo que hubiera querido, era normal, tantos años sin estar con una mujer, encontrarse de repente con aquel bombón, sin embargo, ella pareció muy feliz de que así fuera, se aseguró que hubiera quedado completamente satisfecho y se tumbó a su lado.

Durmieron un par de horas hasta que ella lo despertó con sus besos, volvía a mantener una erección completa, Yasmina le dijo con voz muy dulce: “Ahora ven tu encima mío”.

Esta vez Cesar no opuso resistencia alguna y pudo retener la eyaculación por un tiempo que le pareció infinito. Al cabo de unos minutos ella tuvo su primer orgasmo,

al que siguió otro y otro, tenía los ojos en blanco, gemía, temblaba y babeaba, pensó que su compañera iba a enloquecer o desmayarse así que intentó retirarse pero ella le gritó: “Sigue, por Dios, sigue”.

Cuando él notó que iba a culminar, le hizo el amor sin contemplaciones con un ritmo frenético, los dos gimieron y aullaron en pleno éxtasis y luego se quedaron exhaustos uno encima del otro.

Al cabo de un buen rato ella le besó y le dijo: “¿Te das cuenta lo feliz que me has hecho?, ahora si vivo una vida espantosa al menos tendré algo bonito que recordar”.

Durante el resto del día, la noche y el día siguiente durmieron, comieron, se bañaron e hicieron el amor a intervalos.

Finalmente, él no pudo por menos que preguntarle: “Me gustaría que estuvieras aquí el resto de la vida, pero ¿No corres el riesgo de que llegue tu padre y no te encuentre?”.

“No te preocupes, una cualidad sí que tiene ese cabrón, y es que si me dice que estará tres días fuera, está tres días exactos ni más ni menos, lo hace para que no me asuste”,

“Por lo menos tiene alguna consideración el hijoputa”.

Al final del siguiente día se despidieron, ella tuvo que volver a la mazmorra, y al cerrar la compuerta, él sintió la angustia de quien entierra viva a su amada.

Luego salió para hacer un par de compras, un micrófono, un pequeño amplificador un par de altavoces y muchos metros de cable fino, colocó el micrófono junto al muro, fue enganchando el cable discretamente por la pared hasta su despacho. Cuando ella golpeará el muro la oiría perfectamente, luego instaló un candado en la puerta de bajada a la cripta, sabía que las señoras que limpiaban nunca bajaban allí, pero era mejor prevenir.

Se pasó más de una semana esperando, sin poder escribir ni concentrarse en nada, le volvía loco el pensar las cerdadas que aquel padre desnaturalizado estaría obligando a realizar a su niña.

Al final del décimo día, cuando oyó por el altavoz los golpes metálicos, no se lo podía ni creer, bajó corriendo como un loco, abrió puertas, encendió luces, llegó al muro y escuchó los golpes como si fuera una canción celestial.

Para mayor seguridad habían convenido que él no abriría sino oía una serie de golpes lentos y otra de rápidos tres veces seguidas, apenas podía contenerse, pero esperó pacientemente hasta que la serie acabó, entonces giró la rueda. Apenas tenía

un par de palmos la rendija cuando la chiquilla entró riendo y llorando a la vez, de pura alegría.

Fueron un par de días intensos de amor, cariño y comunicación. Ahora Cesar ya no tenía ninguna reticencia, si tenía edad para que abusaran de ella y la forzaran a un matrimonio indeseado, también la tenía para escoger libremente a quien amar.

Hubo siete visitas más como aquella, de mayor o menor duración, según el tiempo que el padre pasara fuera. En la octava, ella entró sin aquella alegría de siempre, automáticamente a Cesar se le encogió el corazón, como si se lo apretaran con un puño: “¿Qué te pasa mi niña, que te han hecho?”.

“Vamos a comer algo y te lo explico con tranquilidad”.

A pesar de ser un hombre calmado, estaba sobre ascuas hasta que ella comenzó a hablar: “Ya hay fecha para la boda, será dentro de dos meses, luego me llevarán de aquí, ni siquiera se dónde, y no nos veremos nunca más”.

Ellos sabían que aquello iba a suceder, pero lo veían como algo remoto, el que ya hubiera una fecha fijada les destrozaba por completo.

Finalmente Cesar dio un puñetazo en la mesa y dijo: “No puede ser, hemos de hacer algo, más vale morir en el intento que te entierren en vida”.

“Pero cariño, a ti no te van a enterrar en vida y si te pillan conmigo también puedes morir”.

“Si te pierdo yo también estaré enterrado en vida, aunque físicamente sea libre de correr el mundo”.

“De acuerdo, atiende pues, dentro de un mes mi padre hará la peregrinación a la Meca, porque tiene el capricho de poder lucir el distintivo en mi boda, si actuamos ha de ser entonces”.

Estuvieron todo el día haciendo planes y más planes, descartando, modificando, buscando el punto débil de cada idea, incluso cuando se acostaron seguían debatiendo.

Finalmente tenían un guion aceptable que podía dar resultado, se abrazaron y Cesar le dijo: “Amor mío, no hay un plan infalible, todo puede fallar, pero esto tiene bastantes opciones de acabar bien”.

“¿Y luego, como haremos para vivir juntos?”.

“Luego... Ya lo veremos Yasmina, para comerse un elefante hay que hacerlo a trozos”.

A partir de aquel día Cesar mantuvo una actividad febril, el Jeep destartado con el que antes hacía alguna excursión al desierto para inspirarse, no paraba de hacer viajes y volver cargado de material y herramientas: Cientos de espuelas de piedra y sacos de cemento y arena que trabajosamente iba acumulando en la cripta, una pequeña hormigonera, una radial y discos de cortar hierro, palancas, guantes, ganzúas, todo comprado en bazares y almacenes muy separados unos de otros, incluso en pueblos alejados, de forma que en ningún lugar le vieran hacer una gran adquisición, el día que venían las mujeres de la limpieza descansaba y se encerraba en su despacho, para que no percibieran actividad alguna.

En veinte días tenía todo absolutamente dispuesto, entonces se limitó a descansar porque estaba demasiado nervioso para escribir ni una sola línea.

Al cabo de diez días, los golpes del cazo en la pared volvieron a sonar en los altavoces y en su corazón, como si de música celestial se tratara. Bajó corriendo como un poseso y abrió la pared corredera, la chiquilla salió con la agilidad de una gacela por la brecha que la conduciría a su libertad.

Después de los primeros besos, caricias y frases de amor, adoptaron el aire serio del trapecista que está preparándose a realizar el triple salto mortal sin red, y no era para menos, pasaron a la cripta que parecía un centro de comandos: “Escucha preciosa, hay que actuar con cabeza y frialdad, nadie ha de sospechar la actividad que habrá en las próximas horas, ¿Tu casa tiene ventanas al exterior?”.

“No, es como la tuya, un muro cerrado”.

“¿Y se escuchan con facilidad los ruidos?”.

“Que va, la pared exterior debe tener un metro de espesor”.

“Pues manos a la obra”.

Se pusieron monos que les tapaban todo el cuerpo, recoge-pelos de cocinero y guantes: “Espero que la policía de un país tercermundista como el tuyo, no esté a nivel europeo, pero tontos del todo no serán, y perdona que lo llame tercermundista”.

“No hay nada que perdonar, esto es una mierda de país”.

Equipados y con bolsas de herramientas entraron en la mazmorra. Cesar nunca había estado dentro, vio un catre, pocos libros, entre los que destacaba el Corán, un televisor viejo, un inodoro, una ducha, un armario que contenía algo de ropa, comida en conserva y nada más, “¿Que cerdo, aquí pensaba tenerte diez días!”.

“No te extrañes, no sería la primera vez que paso una semana”.

Se acercaron a la pesada puerta de la mazmorra, estaba preparada para que una chiquilla no pudiera abrirla, pero no para contener a quien poseía toda clase de herramientas, a través de la reja central Cesar pasó fácilmente las manos y una cizalla que cortó limpiamente el herrumbroso candado exterior.

La casa tenía un aire viejo y decadente, el estanque del patio central estaba seco y no había flores como en la casa vecina, la muchacha miraba alrededor con una cierta nostalgia: “Cuando vivía mi abuela había agua, peces de colores y plantas bonitas, pero la primera vez que salí de un encierro de una semana, estaban muertos y las plantas secas, con este calor sin nadie que las regara, al ver mi cara de tristeza mi padre dijo que lo repondría, pero yo no quise, total para que se muriera todo en mi siguiente encierro no valía la pena”.

Lo que si había por doquier eran bastantes objetos de valor y antigüedades que, aunque Cesar no era un gran experto, estaba seguro de que en el mercado europeo valdrían una fortuna: “Estoy seguro de que tu padre no conoce el valor de lo que tiene”.

“Por supuesto que no, todo esto con la casa incluida, era de mi abuela y tenía que haberlo heredado yo, así que no robaré nada, solo me limitaré a llevarme mis pertenencias”.

Fueron empaquetando cosas meticulosamente y pasándolas a la cripta, haciendo un inventario completo para no dejar atrás nada valioso, finalmente llegaron a la habitación del padre, el viejo armario no resistió demasiado las palanquetas. Detrás había una vetusta caja fuerte: “Hay que abrirla como sea, aunque tardemos tres días, seguro que dentro están las joyas de mi madre y de mi abuela”.

Fue más fácil de lo que esperaban, era un modelo anticuado, la giraron con un gato de levantar camiones y los discos de corte de la radial la atacaron sin piedad por su punto más débil, la parte de atrás, que al cabo de tres horas de trabajo y varios discos rotos había caído.

No sólo había esas joyas, sino las que el “futuro esposo” había entregado para la boda, también monedas de oro y mucho más dinero en efectivo del que imaginaban.

A Yasmina se le iluminó la cara de alegría: “¡Genial!, imagino que ese cerdo habrá pagado ya una buena parte para comprarme, y como mi padre no se fía de los bancos aquí está todo, y no pienses que estoy tan contenta por el simple dinero, aunque siempre viene bien, sino por jorobar al viejo asqueroso que pretendía convertirme en su esclava”.

Cuando acababan de traspasar todo, Yasmina tuvo una duda: “Yo quisiera llevarme alguna de las cosas de recuerdo, fotos, algún vestido y juguetes, pero imagino que no puedo porque no colaría que unos ladrones se llevaran esas chucherías”.

“Coge lo que quieras sin problema, si mi plan tiene éxito aquí no van a quedar ni las paredes”.

Aquello alegró mucho a la chica que en cinco minutos había llenado dos bolsas enormes.

“Llegamos la parte más arriesgada, hasta ahora hemos trabajado con todo a nuestro favor, pero a partir de este punto la suerte también juega su baza”.

Se aseguraron de que no dejaban ningún rastro que les pudiera identificar y fueron a la puerta principal de la calle, ésta daba a un callejón estrecho en el que no había ninguna puerta ni ventana de otra casa, abrieron con la copia de las llaves que yacían colgadas en la pared y se asomaron sigilosamente.

Normalmente era un lugar muy poco transitado, y a las cuatro de la madrugada aún menos, volvieron a dejar la puerta cerrada, pero sin pestillo, de forma que se pudiera abrir desde fuera simplemente empujando, luego se retiraron rápidamente a la mazmorra y cerraron la compuerta de unión que nunca más volvería a abrirse.

Los cuatro días siguientes fueron de trabajo febril, a partir de la compuerta construyeron un bloque de piedra y mortero que taponó por completo la pequeña estancia, continuaron cegando totalmente el pasadizo, la hormigonera trabajaba día y noche, solo paraban para dormir y comer alguna cosa, finalmente el pasadizo quedó obstruido casi por completo con un bloque pétreo impenetrable, para abrirse camino por ahí haría falta dinamita.

Al acabar tenían las manos destrozadas, a pesar de los guantes, y agujetas en todo el cuerpo, pero estaban muy satisfechos de su obra.

Como último toque, cerraron la vetusta puerta de acceso desde la cripta, la encolaron y después de montar la cerradura, Cesar introdujo un líquido en ella con una jeringuilla: “Es curioso, el trabajo que tuve para desoxidarla y abrirla, y ahora hago todo lo contrario, introducirle un producto que la dejará herrumbrosa e impracticable, de todas formas, cualquiera que mire con una linterna por la rejilla, verá el muro de piedra a pocos metros y ya no tendrá demasiadas ganas de entrar”.

El siguiente día descansaron, porque estaban reventados y porque venían las señoras de la limpieza. Cesar estuvo como siempre encerrado en su despacho, tecleando en la máquina de escribir, para dar la imagen de máxima normalidad, con la diferencia de que Yasmina le acompañaba, aunque sin hacer el mínimo ruido. Cuando se marcharon se dieron el lujo de un baño juntos, una buena cena y una noche de amor.

Al día siguiente remataron el trabajo, cargaban el todoterreno con las herramientas, Cesar daba un paseo con él, y en algún rincón poco frecuentado las abandonaba descuidadamente, de una en una, para no llamar la atención, la hormigonera, las espuelas vacías, los altavoces, todo iba quedando aquí y allá. Cuando volvía a pasar

de vuelta, los objetos habían desaparecido. En aquel país nadie se preguntaba quién y porque habrían dejado aquellos elementos en buen uso, simplemente se los apropiaban y listo.

Aquella noche amparados en las sombras, subieron a lo alto del terrado, en una esquina engancharon una de esas piezas de barro ornamentales, en el interior de la cual, acostumbra a ponerse una vela, solo que en lugar de la vela instalaron una vieja cámara de videovigilancia, desde allí, el cable recuperado de los altavoces llevaba la imagen a un anticuado monitor que instalaron en el despacho, por él, después de varios ajustes podían ver el callejón y la puerta de la casa de Yasmina.

Solo faltaban tres días para que el padre regresara, al día siguiente darían el toque final.

Por la noche, Cesar se oscureció la barba con un tinte lavable, ella le tintó cara y manos, se puso una chilaba vieja con capucha, tomó una vara y a las tres de la madrugada salió a la calle, le despidió diciendo: “Animo, nadie diría que no eres un moro de mierda”.

“No sé si agradecerte el cumplido o enfadarme”.

A pesar de que las casas se hallaban a menos de tres metros una de otra, sus puertas de entrada estaban tan aisladas, que se tenía que transitar por un laberinto de callejuelas y recorrer medio kilómetro para llegar de una a otra. El constructor de ambas ya se había asegurado de que así fuera.

Estuvo a punto de perderse en tres ocasiones, pisó una mierda de camello y otra de perro, pero al final llegó a su destino, con el corazón latiendo aceleradamente miró en ambas direcciones, el callejón estaba desierto, empujó con la vara la puerta que se abrió con un ligero chirrido que a él le pareció un estruendo, acto seguido contuvo sus ganas de correr y volvió pausadamente a su casa.

A partir de entonces establecieron turnos de vigilancia ante la cámara para saber si su plan había funcionado.

En todo el día no ocurrió nada de particular, alguno de los escasos transeúntes del callejón parecía mirar extrañado la puerta abierta, pero sin detenerse.

Por la noche todo cambió, sombras furtivas entraban en la casa y salían cargados con grandes bultos, durante el día aquel tráfico se ralentizó, para intensificarse a la noche siguiente, los saqueadores estaban trabajando a fondo.

El día que tenía que volver el padre la pareja no quitaba ojo al monitor. Yasmina lo reconoció en cuanto dobló la esquina. Pero no anduvo mucho más porque de inmediato vio salir dos individuos cargados con un pesado mueble y se quedó petrificado, retrocedió lentamente hasta volver a desaparecer.

Al cabo de media hora volvió, acompañado de una veintena de policías que aparecieron por ambos lados del callejón. Un saqueador que salía tranquilamente cargado con un lavamanos los vio, tiró la carga que se rompió estrepitosamente contra el suelo y entró chillando alocadamente en la casa, seguido por los policías que se habían lanzado a la carrera.

Los saqueadores intentaron huir, pero estaban atrapados como ratas, se encontraban ya en el punto final de su tarea arrancando tuberías y cualquier cosa que se pudiera vender, se oyeron golpes, chillidos, carreras y al final fueron saliendo de uno en uno, con las manos atadas a la espalda bajo una lluvia de porrazos y patadas.

Cuando la casa estuvo libre de ladrones, la policía permitió entrar al padre. Cuando al cabo de un buen rato salió, hacía gestos clamando al cielo, se tiraba de las barbas y los policías tuvieron que contenerle para que no estrangulara a uno de los aterrorizados saqueadores que yacía atado en el suelo.

Yasmina dijo con los dientes apretados: “Toma cabrón, esto es lo que te mereces”.

La policía se empleó a fondo con los saqueadores, hubo más detenciones, más palizas, aparecieron algunos muebles, pero nadie puede confesar lo que no sabe, por tanto el dinero, los objetos de valor y la chica no aparecieron.

Finalmente, los agentes se convencieron de que habían actuado varios grupos de ladrones y que estos eran las aves de rapiña finales, pero necesitaban culpables, así que acabaron imputándoles todos los hechos y alegando que los bienes y la muchacha habrían sido transportados al extranjero por alguna mafia, y por tanto eran irrecuperables.

La semana siguiente las señoras de la limpieza se lo explicaron a Cesar con todo lujo de detalles: “Fíjese que desastre, aunque han cogido a los secuestradores, la chiquilla estará como esclava en algún harén o como puta en un burdel extranjero, tenga usted mucho cuidado”.

“No hay problema, si ya los han atrapado, además aquí nadie tendría interés en robar, solo hay un viejo y cuatro libros que no interesan a los ladrones”.

Cuando se marcharon comentó con Yasmina: “No estaba previsto así, pero esos saqueadores nos han hecho un gran favor, a los pobres desgraciados les han cargado el paquete entero y parece que han dado por cerrado el caso”.

“Sinceramente no me dan mucha pena, este tipo de gentuza son los que consiguen que mi país sea una mierda”.

Pasados unos días, durante una cena, Yasmina comentó: “Soy muy feliz aquí contigo, pero supongo que hemos de hacer alguna cosa, no puedo permanecer la vida escondida”.

“Tranquila, tengo un plan, me voy a poner en contacto con un matrimonio de amigos para que nos ayuden”.

“¿Son de confianza?”.

“Ella es la peor zorra que ha parido madre, astuta como una serpiente y más mala que el sebo, le encanta destrozr parejas, cuanto más perfectas son, más empeño pone, pero eso sí utilizando a terceros, nunca se moja, se dice que tiene contactos mafiosos, pero nadie lo ha podido probar”.

“¿Y te vas a fiar de ella?”.

“Tengo dos ventajas, primera que odia a muerte a mi exmujer y nunca ha conseguido fastidiarla, segunda que acabar con nosotros sería más fácil que pescar un pez en un vaso de agua, le bastaría una llamada telefónica y para ella eso no tendría gracia, además le encantan las cosas raras, difíciles y retorcidas y nuestro caso lo es, lo que odia son las princesitas de cuento de hadas que se casan con el niño mono y rico”.

“Bueno, tú sabrás lo que haces”.

Al día siguiente hizo la llamada, al cabo de un rato de saludo y comentarios banales le dijo: “Sería muy conveniente que vinierais un par de días a mi casa de Marruecos para ver el libro que estoy escribiendo, te interesará muchísimo”.

Hubo unos segundos de silencio, Cesar sabía que a ella le importaban un rábano sus libros, y ella sabía que él lo sabía, así que le contestó: “Si tú crees que me va a interesar tanto.... Vendremos”.

“Te apasionará, no lo dudes, no busquéis hotel, aquí tengo sitio de sobras y así tendrás más tiempo para leer”.

Cuando colgaron comentó con su marido: “Está claro que Cesar tiene algo muy gordo que merece la pena el viaje y no me lo puede decir por teléfono, si fuera de otro no me lo creería, pero él no miente nunca ni exagera”.

“Así pues... ¿Iremos?”.

“¡Por supuesto!, me muero de curiosidad por saber que se trae entre manos”.

La semana siguiente Cesar los recogió en el aeropuerto, pero no les quiso adelantar nada: “Cuando lleguemos lo veréis y lo sabréis”.

Silvia le contestó en un tono dramático: “Sino me anticipas algo te apuñalaré por la espalda”.

“Bueno, pero como voy conduciendo nos mataremos y te quedarás sin saberlo”.

“De eso te libras”.

Cerraron el garaje, entraron las maletas y Cesar les dijo: “Hace unos días, las noticias locales dijeron que una banda de malhechores saqueó la casa vecina y secuestró a una niña que se encontraba sola... Pues... Tachan, tachan.... ¡He sido yo!”.

En aquel momento entraban en el salón principal donde esperaba Yasmína, ataviada con uno de sus preciosos vestidos, aunque no tan transparente como el del primer encuentro.

Silvia no pudo reprimir un grito “¡No puede ser!, pero si tu no matarías una mosca, eres de los que encuentra una cartera en la calle y la devuelve con el dinero, pero además esto tiene truco, esta chica parece cualquier cosa menos una secuestrada”.

“Lo mejor es que nos sentemos cómodamente, tomemos unas copas de champagne y os lo explico todo”.

Les relató la historia completa sin omitir nada. Yasmína estaba un poco avergonzada de que contara los detalles escabrosos de su padre, aunque no podía seguir al completo el castellano fluido en que se expresaban, comprendía el tema en general.

Al final del relato Silvia estaba encantada: “Te has superado Cesar, pensaba que tendrías algo interesante que mostrarnos, pero ni la mitad de lo que ha sido, es la historia de amor más cojonuda que he visto en la vida, me encanta, contar conmigo para salir de esta ratonera y vivir como os dé la gana”.

Sin embargo su marido, no era tan optimista: “Silvia cariño, creo que estás haciendo el cuento de la lechera y les estás dando falsas esperanzas, en el mejor de los casos, la sacamos de aquí y le conseguimos una nueva documentación, ¿Dónde van a vivir su amor, en una isla desierta?, allá donde vayan serán un hombre de cincuenta y una niña de quince, aunque con papelotes falsos la hagas pasar por dieciocho años y sea legalmente mayor de edad, les mirarán fatal en todas partes, no podrán tener vida social, a él lo verán como un pederasta y a ella como una lolita zorrón”.

“¿Que te apuestas a que lo consigo arreglar todo y no sucede nada de eso, y viven en sociedad estupendamente?, apuesta algo fuerte si tienes huevos”.

“Ni hablar, no sé cómo lo conseguirás, pero si te empeñas, de una forma u otra seguro que lo haces”.

“Pues no se hable más, en dos semanas vendremos con el yate y discretamente iremos cargando lo que habéis chorizado, luego iremos colocando cosas en el mercado negro o donde convenga, lo que ella quiera guardar que nos lo diga, las joyas que no quieras vender y el dinero irán a una caja de seguridad de un banco a nombre de Cesar, a partir de ahí moveré mis contactos y en el segundo viaje nos la llevaremos a ella”.

Tal como habían planeado, volvieron en dos semanas con su yate como turistas de lujo que eran.

Se llevaron todo lo que habían sacado de casa de Yasmina sin ningún problema, dentro de simples maletas, en unos pocos viajes del todoterreno prudentemente espaciados. Al cabo de tres días se marcharon.

La pareja volvió a quedar sola, él le comentó sonriente: “Bueno cariño mío, todo está en marcha, solo cabe esperar”.

“Porque son españoles, si fueran paisanos míos se quedarían con todo el dinero y nunca volverían a por mí”.

“No te preocupes, en principio porque son millonarios y no les hace falta ratear, y en segundo lugar porque la conozco, si se ha empeñado en que esto salga bien, lo conseguirá”.

Al cabo de una semana Cesar recibió la primera llamada, aunque Silvia hablaba en clave la entendió perfectamente: “La venta de las acciones que me encargaste funciona mejor de lo esperado, lo hago sin prisas al mejor postor, tu cliente seguramente no conocía el valor que algunas de sus acciones pueden alcanzar en mercados de Londres o París, en cuanto al cambio de documentación de la sociedad ya tengo buenos contactos, pero para que tu cliente pueda llevar el negocio correctamente debería aprender español lo más rápidamente posible”.

“Gracias por todo Silvia, lo haremos así”.

Al colgar Cesar estaba radiante de alegría, Yasmina muerta de impaciencia le dijo: “¿Qué pasa?, dime algo”.

“Todo marcha bonita mía, pienso que con el dinero que saques de lo que nos llevamos podrás vivir sin agobios el resto de tu vida”.

“Querrás decir podremos vivir, ¿O es que me piensas abandonar al llegar a España”.

“Antes abandonaría un brazo, mi amor, pero además está preparando lo de tu documentación y me ha pedido que te enseñe español a marchas forzadas, así que a partir de ahora tendrás clases veinticuatro horas al día, solo te hablaré en castellano, si no entiendes algo te lo explicaré en francés”.

“Yasmina ya tenía un cierto nivel de español, además era una muchacha inteligente y con una gran memoria, en pocos días hizo grandes progresos, al cabo de un mes recibieron otra llamada de Silvia: “En tres días estamos de vuelta con el yate, prepara sitio para cuatro personas”.

Llegaron tal como estaba previsto, acompañados de dos chicas más, hablaron de cualquier cosa hasta que estuvieron cerrados en casa, reunidos los seis en la sala.

Silvia tomó la palabra: “Le dije al zopenco de mi marido que lo conseguiría y he cumplido, el plan es el siguiente por orden cronológico: Esta chica es mi peluquera y esteticista favorita, cortará el pelo de tu novia casi a estilo chico, le teñirá de rubio, incluido las cejas y el vello, le pondrá lentillas azules, la maquillará clarita toda la piel visible, y con una vestimenta europea no la reconocerá ni su padre. Mañana iremos al yate y pondremos rumbo a Canarias, para no volver”.

“Genial ¿Y de allí a la península en avión? Supongo”.

“Nada de eso, siguiente escala: Islas Cabo Verde, de allí saltamos el charco a Barbados y final de trayecto en Colombia, piensa que nuestro yate no es un trasatlántico, así que preferimos repostar y hacer trayectos menores. Durante el viaje, le quitaremos el tinte rubio y esta otra chica, que es logopeda, compartirá camarote con ella y le enseñará a hablar a marchas forzadas con acento sudamericano”.

“Que mal rollo y yo en otro camarote”.

“De eso nada so burro, tú te quedas aquí durante meses hasta agotar el año de alquiler”.

Cesar y Yasmina se miraron asombrados, finalmente él dijo: “Pero... Meses”.

“Si meses, no se puede hacer una catedral en tres días, mientras tanto ella estará en Colombia, mis contactos han localizado una familia de allí, es una madre con cinco hijos de padres desconocidos que viven en la miseria, la chica mayor ha muerto, pero ella no lo ha declarado, la han enterrado en el monte y basta, se mudarán a otro pueblo, a otra casa que tú les has comprado, no te preocupes allí cuestan menos que en España un coche de segunda mano. Convivirá unos seis meses con esa familia, aprenderá a hablar como ellos, no será difícil, no van a la escuela y su lenguaje es limitado, la madre censará a sus cinco hijos en la nueva población, al cabo de ese tiempo vas allí como turista, el abogado de la mujer te habrá puesto una demanda de paternidad y tú como hombre honesto que eres la reconocerás como hija tuya”.

Cesar estaba boquiabierto al final acertó a balbucear: “Pero.... Yo no quiero que sea mi hija, quiero...”.

Silvia le cortó de raíz: “No seas idiota, recuerda lo que dijo mi marido, y tenía razón, ¿Cómo van a convivir un cincuentón y una quinceañera sin que la sociedad se los coma. Como hija tuya, la traes a España sin problemas, la nacionalizas, le das tu apellido y a vivir. Podéis correr el mundo tranquilamente, estáis cubiertos, sois padre e hija, evidentemente tendréis que ser un poco listos, no os podréis morrear en público, pero en la intimidad de vuestra casa o la habitación del hotel podéis follar como locos”.

“Vale, pero como se van a creer que he ido a hacer un hijo a Colombia”.

“Tranquilo, he hecho mis averiguaciones, hace dieciséis años hiciste una gira promocional con varios escritores más, no fuiste a Colombia, pero sí a Venezuela, entonces aún no te habías practicado la vasectomía, esta mujer dirá que por ese tiempo trabajaba allí de criada y la niña la censará con fecha de nacimiento nueve meses después del viaje, tu irás por turismo a Colombia, ella te reconoce, te denuncia y listo”.

“No parece un mal plan”.

“¿Mal plan?, no solo es genial, sino el único posible, hazte a la idea”.

“Pero tantos meses sola me da miedo. Luego están las autoridades de allí que pueden poner trabas”.

“No seas pardillo, don dinero es el aceite que todo lo engrasa, la familia la cuidará muy bien porque además de la casa pasarás a la madre un sueldo de por vida. No te asustes, allí es una miseria, por otro lado mis contactos ya han contratado a dos policías de la zona que velarán porque no le pase nada. Y con un par de billetitos, el funcionario de turno puede firmar que es la Zarina de Rusia si queremos”.

Dicho y hecho, con pelo corto y rubio, ojos azules y vestimenta occidental no parecía la misma, de todas formas, le añadieron gafas de sol y una gorra, en el jeep la sentaron entre las otras dos chicas y parecía una alegre y despreocupada turista más.

Llegaron al yate sin ningún problema. Cesar iba a bajar para despedirse, pero Silvia le cortó en seco: “No lo estropees por una idiotez, ya tendrás tiempo”.

Todo funcionó según lo previsto, hicieron las escalas programadas, la chiquilla por un lado estaba triste sin su amor, pero encantada por dejar atrás tantos años de reclusión, ver el horizonte y el mar le daba una sensación tal de libertad que le mantenía casi en éxtasis.

Un atardecer en que contemplaba embobada la puesta de sol, Silvia se acercó por detrás y pronunció su nombre: “Yasmina”.

La chica se volvió para ver a su protectora que con rostro muy serio le dijo: “Nunca más en tu vida contestes ni te vuelvas al escuchar este nombre, ni tampoco reacciones al oír hablar en árabe, que sean como ruidos inconexos para ti, a partir de ahora te llamas Lupe, Lupita si lo prefieres y, por cierto, no te vuelvas a depilar ni afeitar el pubis, ¡jamás!”.

Al llegar a Colombia les esperaban sus contactos, evidentemente de la mafia local.

La mujer y sus cuatro hijos recibieron a Yasmina encantados, era su pasaporte para salir de la pobreza absoluta. Cuando todo estuvo arreglado, Silvia y su marido regresaron a España en avión, y el capitán del yate y sus dos marinos volvieron sin escalas.

Una vez en casa hablaron tranquilamente del tema: “Eres un poco tirana, ¿Por qué no has permitido que los marinos hagan alguna escala?, no necesitamos el yate”.

“Ellos lo han querido así”.

“Que raro, si cobran extra por días en el mar, y otro tema, a Cesar el sueldo a los guardias, los mafiosos, la casa, Etc.... Le saldrá por un pastón loco y si nos paga los gastos del yate aún más”.

“No le va a costar ni un duro, cuando organizo algo lo hago muy bien”.

“Pues ya me explicarás como”.

“Nuestros marinos quieren volver directo porque transportarán una carga que entregarán a un pesquero en alta mar al llegar a España, el beneficio de ese transporte se divide en tres partes, una para la tripulación que es la que se arriesga, porque nosotros no sabemos nada de eso, otra parte paga todos los gastos de la chiquilla y la tercera parte para nosotros”.

“Me encanta porque eres una zorra de armas tomar, pero con mucha clase”.

“Ni lo dudes”.

Para Cesar el tiempo se hizo eterno, los seis meses fueron como seis años. Hubiera querido comprar alguna cosa bonita en los bazares para su chiquilla, pero Silvia se lo había prohibido expresamente, también tenía prohibido todo contacto telefónico ni de correo con ella, solamente recibía llamadas de sus amigos que en una conversación banal le acaban diciendo que todo marchaba bien

Cuando faltaban pocos días para salir, repasó por enésima vez que no quedara ningún detalle comprometedor, retiró la cámara, el monitor y el cable y los abandonó desperdigados por algún lugar alejado, despidió a las señoras de la limpieza, empaquetó sus cosas, devolvió el todoterreno y las llaves de la casa, y llamó a un taxi que le conduciría al aeropuerto.

Curiosamente tenía una sensación de intranquilidad que no cedió hasta que el avión estuvo en pleno vuelo rumbo a España, aunque era imposible, temía que la policía lo detuviera y lo acusara de raptó, robo, allanamiento de morada, estupro, Etc... Se prometió a sí mismo que nunca más en la vida regresaría a Marruecos.

A su llegada fue corriendo a ver a su pareja de benefactores que ya le tenían preparado el vuelo a Colombia y todo el papeleo.

Al cabo de pocos días Silvia disfrutó haciendo una de las cosas que mejor se le daban, fue corriendo la voz de que el escritor Cesar Delgado, que parecía tan modosito, había tenido una aventura extramatrimonial estando casado y que le habían denunciado obligándole a reconocer la paternidad.

También se aseguró de que el chismorreó llegaría a oídos de Irene y se regodeaba pensando la cara que pondría, ella que había creído asegurarse de que sus hijos no tendrían más hermanos... Y ¡toma! Ahora les salía una debajo de las piedras.

Cuando Cesar llegó a Colombia, sus “Ángeles de la guarda” ya le estaban esperando, le condujeron sin problemas a la nueva casa donde su niña había estado viviendo todo este tiempo, cuando la vio recordó las ordenes de Silvia, la llamó Lupita y le habló en español, ella le contestó con un perfecto acento sudamericano, se abrazaron y lloraron de emoción.

Estaba un poco desorientado, era ella sin duda, pero diferente, luego recordó que Silvia le había comentado que le harían algún retoquillo de cirugía plástica, poca cosa, pero suficiente para que su cara no fuera exactamente la de antes, el huesecillo de la nariz, los pómulos, también le habían eliminado un lunar y una marca de nacimiento en la espalda.

Silvia era devota de la ley de Murphy, y siempre decía: “Si dejas opción a que suceda una desgracia, tarde o temprano acabará sucediendo”.

La chica se dio cuenta de su extrañeza y le preguntó: “¿Qué no te gusto así?”.

“¿Que dices boba?, estás aún más preciosa, si es que ello es posible”.

La colombiana les había preparado una habitación con cama grande y se aseguró que nadie les molestara. Era una mujer muy amable y bondadosa, que tenía marcadas las huellas del sufrimiento que había pasado en su vida.

A Cesar le hizo gracia pensar que aparentemente había tenido una historia de amor con ella, tal vez dieciséis años antes estaba de más buen ver, pero ni aun así.

Tal como Silvia había anunciado, el dinero lo mueve todo, por otro lado, en España trabajaban sus abogados a los que Cesar había dado poderes. En dos meses tenían lista la repatriación.

Mientras tanto Silvia volvía a disfrutar extendiendo el rumor de que Cesar se traía a su hija a España a vivir con él.

Al regreso se quedaron entre sorprendidos y asustados de que la policía registrara sus equipajes exhaustivamente, pero luego cayeron en la cuenta, no era por ellos, sino por el origen de su viaje. La gente que venía de Colombia era automáticamente sospechosa, pero ellos no tenían nada que temer, no llevaban nada aparentemente ilegal, y lo único que era realmente ilegal resultaba lo menos sospechoso.

No hubo ningún problema para presentarla en sociedad, aunque de todas formas el círculo de amigos de Cesar no era enorme. Explicó que no había recibido cultura alguna, por eso su lenguaje era algo limitado, pero que era inteligentísima y en poco tiempo recuperaría lo perdido.

La chica no tenía ningún problema en explicar cómo era su vida en Colombia porque había vivido seis meses, tampoco se extrañó nadie de que fuera tan morena porque al fin y al cabo era hija de una india y todos convinieron en que, con el cruce, había salido preciosa.

Posteriormente se retiraron a la masía de Cesar a vivir tranquilamente como los enamorados que eran. No tenían problema alguno porque todo el mundo sabía que Cesar no aceptaba visitas imprevistas, simplemente no contestaba al timbre si no había quedado de acuerdo en el día y hora con quien quisiera verle y si estaban en la cabaña del Pirineo aún quedaban más aislados.

Pasado un tiempo comenzaron a viajar: París, Londres, Nueva York, según donde iban pedían una habitación con dos camas o dos habitaciones comunicadas.

En público eran lo cariñosos que su condición les permitía y aunque a ella no le gustaba se acostumbró a llamarle papá. Sin embargo, a él no le importaba que lo hiciera, había perdido dos hijos y en una sola persona recuperaba hija y amante.

En cierto modo fue como una hija, le enseñó a esquiar, a nadar, a bucear, a montar a caballo, a patinar sobre hielo, a bailar, gastronomía y sobre todo cultura y costumbres europeas.

Mas adelante su vida fue más reposada, mientras Cesar se dedicaba a escribir, Lupe (que ahora usaba ese nombre), estudiaba en la extensa biblioteca que la casa poseía, pero en una forma u otra, por cada dos días de trabajo, hacían uno de vacaciones, así poco a poco recorrieron lo más bonito y emblemático del mundo, siempre como papá y su nena.

Solamente en una ocasión alguien les planteó algún problema. Estaban en Bora-Bora, en la Polinesia Francesa, compartían una de las espectaculares habitaciones en forma de cabañas sobre el agua en un precioso hotel. Coincidieron con un grupo de ricos jóvenes españoles mal aparejados, porque eran cuatro chicos y tres chicas, que enseguida vieron en Lupe la solución a su imparidad.

Los dos primeros días todo fueron ofertas para que los acompañara, a una barbacoa nocturna, a pescar en un catamarán, etc., Les molestó bastante que ella declinara amablemente todas las ofertas y en una ocasión en que se dirigía hacia su cabaña con un par de cócteles, le dijeron con toda desfachatez: “¿Por qué no quieres ir con los de tu edad, que te acuestas con tu padre?”.

Sin perder la compostura, Lupe se acercó sonriendo al grupo y les contestó: “En realidad sí que me gustaría acostarme con alguien de vuestro grupo”.

Los cuatro chicos se lanzaron miradas de picardía y preguntaron: “¿Sí, con quién?”.

Lupe señaló a una de las chicas, una rubita monísima con aire de tímida y dijo: “Con ella”.

Se quedaron de piedra, uno solo dijo: “¡Hostia!”.

Otro comenzó a decir: “Pero entonces tu eres...”.

Lupe les cortó diciendo: “¿Qué pasa, es que sois homófobos?, yo pensaba que los jóvenes no eran tan retrógrados”.

A partir de ahí se deshicieron en excusas: “No, por supuesto, es una opción muy digna”.

La rubita se atrevió a decir: “No te sepa mal, pero es que yo...”.

“Ningún problema, tú tienes tus gustos y yo los míos, bien, pues ahora ya sabéis porque prefiero ir con mi padre”.

Cuando le contó a Cesar la ocurrencia estuvieron un buen rato riendo como locos “Esta idea la tienes que guardar para otras ocasiones”.

“Quita, no hay que jugar con fuego, no sea que encuentre una lesbiana y me diga que sí”.

El resto de los días, aquel grupo ya no le hizo ninguna otra proposición,

Unos años después, si alguien comentaba a Cesar que: ¿Como es que una chica tan guapa no tenía novio?, él respondía que habiendo visto y vivido de la forma en que lo había hecho en Colombia, no le extrañaba que no quisiera tener demasiadas relaciones con hombres.

Su vida transcurría plácidamente, sin sobresaltos, una noche en que se encontraban acurrucados en el sofá, frente a la chimenea, Lupe contemplaba el fuego abrazada a Cesar que acariciaba su cabello, en un momento dado, él rompió el silencio: “Tenemos que hacer provisiones de futuro”.

Ella levantó la cabeza con una mirada inquisidora: “Si cariño, la vida no es eterna, lo primero que harás es tener un trabajo”.

“Estás tonto, con lo que ganas tú podemos vivir decentemente y si nos falta, está la fortuna que generosamente nos regaló el pederasta que vivía conmigo”.

“Ya lo sé, pero hay que hacer, un montaje, a partir de mañana te contrato como secretaria y correctora, te pagaré un sueldo, además serás mi representante frente a las editoriales y cobrarás comisión. Como no tendrás gasto alguno ahorrarás, hasta que puedas comprarme los derechos sobre uno de mis libros, luego otro y otro, con lo cual cada vez ganarás más y yo menos, hasta que tengas los derechos de todas mis publicaciones, con lo cual seré pobrecito y sin recursos y tú ganarás un buen dinero. Entonces haremos un contrato privado de compraventa de las casas y comenzarás a hacerme entregas a cuenta ante notario hasta que me hayas pagado al completo el valor que hayamos pactado. Mi sentencia de divorcio dice que solo puedo vender las casas a un hijo biológico, la guerra de mi ex daba por hecho que yo no podría tenerlos, pero ¡joróbate! tengo una”.

“¿Para que necesitamos este jaleo?”.

“En el pacto de divorcio consta que debo dejar mi herencia al completo a sus hijos, los que desde hace más de un cuarto de siglo no quieren saber nada de mí, pero resulta que cuando abandone este mundo, no tendré nada de nada, excepto una sorpresilla que ya les prepararé con tiempo”.

Así lo hicieron, y llegaron a pasar veinticinco maravillosos años juntos, ella se había convertido en una espléndida mujer de cuarenta años y él en un hombre de setenta y cinco, elegante y bien conservado, hasta que un mal día un infarto traidor lo llevó a las puertas de la muerte.

Aunque agotado, Cesar se encontraba completamente lucido, hizo venir a dos notarios, ante ellos tres médicos certificaron que se encontraba en pleno uso de sus facultades mentales, firmó la venta de las dos casas con todo su contenido integro, de las que ya constaba que había recibido el pago, y dos días después falleció en brazos de Lupe.

Ni entonces, ni anteriormente, ni en su funeral, sus auténticos hijos hicieron acto de presencia.

Donde sí hicieron acto de presencia fue en la apertura del testamento, al que Lupe no asistió.

El notario comenzó solemnemente su lectura, pasados los primeros preámbulos dijo: “En cumplimiento con el acuerdo de divorcio que firmé con mi exesposa Irene De los Santos, dejo todos mis bienes a los hijos habidos con ella, no obstante, debo admitir que mi patrimonio es prácticamente nulo, y que en los últimos años he vivido gracias a la generosidad de mi hija Lupe a quien estaré agradecido por toda la eternidad. Únicamente he conservado para mí una colección temática de cuadros y esculturas, realizada por artistas a los que me une una gran amistad, y que se encuentra depositada en un contenedor en el Museo Central de esta ciudad”.

Aunque la madre de aquellos hijos desnaturalizados era millonaria, era una mezquina de categoría que les suministraba el dinero con cuentagotas, por eso habían acudido como buitres a la lectura del testamento.

Con una copia bajo el brazo se pusieron en contacto con el museo, el director, gran amigo del fallecido Cesar, quedó con ellos un día determinado para abrir el contenedor, verificar que el contenido correspondía al inventario y firmar la cesión.

Se presentaron puntuales el día y hora acordados, el director les acompañó a una sala profusamente iluminada, ellos le preguntaron acerca del valor aproximado de aquellas obras de arte, pero les contestó que el contenedor había llegado cerrado, y que el museo ignoraba por completo su contenido.

Unos operarios abrieron las paredes metálicas, una tela blanca tapaba por completo el contenido. el director les dijo: “Nosotros nos retiramos porque suponemos que querrán contemplar la herencia de su difunto padre en la intimidad”.

Retiraron entre los dos la tela, pero cada pieza tenía otra tela que la cubría, destaparon la primera, era una escultura de bronce representando una mano que hacía el signo del cornudo, la siguiente era otra mano con el dedo levantado, otra era un pedestal de mármol con una enorme mierda en cerámica policromada, un cuadro representaba una mano que introducía un enorme pepino por un culo, y el resto de las obras... Por un estilo.

Los hermanos tenían una cara de pasme total, no estaban del todo seguros de hasta qué punto su padre tenía gustos raros, o les había jugado una última gamberrada.

Lo que ellos ignoraban es que justamente hacía dos días que las cámaras de seguridad de aquella estancia habían sido mejoradas y ahora grababan imagen de alta definición en color y con sonido, y que además en aquel instante estaban Lupe, Silvia y el director del museo, en la sala de control retorciéndose de risa.

Cuando el director regresó a la estancia, le preguntaron si el museo podría comprar aquella colección, pero él, apenado, les dijo que desgraciadamente en aquel

momento tenían exceso de Stock, pero conocía a un marchante ruso, especialista en adquirir colecciones atípicas para los nuevos ricos de su país, podía llamarle para que hiciera una oferta, aceptaron encantados.

Tres días después les telefoneaba un hombre con acento extranjero que les dijo que esa colección era casi invendible y les ofreció diez mil euros al contado por todo.

Los hermanos se miraron y ella que era la más práctica dijo: “Para tirarlo mejor cogemos los diez mil, que los deje en el museo, además así se los lleva a Rusia donde no los volveremos a ver más”.

Quien realmente promocionó la venta de aquellas obras fue Silvia, había mucha gente de la alta sociedad que no soportaba la altanería de Irene y sus hijos, y después de ver la grabación del museo, que circulaba bajo mano, compraban encantados una de esas obras para situarla en sus mansiones, en un lugar discreto, pero claramente visible, como burla hacia aquella familia de presuntuosos, para enseñarla a sus amigos diciendo: “Mira lo que tengo aquí, la herencia que dejó Cesar a sus hijos”.

O incluso para que la propia Irene y su familia llegaran a verlas cuando acudían a las reuniones sociales.

Con las ventas, Silvia se pudo rembolsar los diez mil euros, pagar una comisioncilla al marchante ruso, los gastos al museo, y sobraron treinta mil euros que entregó a Lupe.

No fue ninguna sorpresa, Lupe estaba preparada porque Cesar se lo había advertido, Irene presentó una impugnación de la venta de las dos casas, alegando que violaban el convenio de divorcio.

Se celebró el juicio, acudieron Irene y sus hijos acompañados por un grupo de renombrados letrados y por otro lado Lupe, con una humilde abogada amiga suya.

El abogado de la acusación expuso que el difunto había pretendido sortear el acuerdo de divorcio inventando una hija biológica que no era tal, por más documentación que aportara, y solicitaba por tanto una prueba de ADN.

Lupe respondió que aceptaba encantada pero como a su padre le horrorizaban las tumbas había ordenado incinerar los restos de sus antepasados, que se hallaban en el panteón familiar, y los suyos propios a su muerte, para que todos ellos fueran esparcidos en el mar, por tanto, aquella prueba no iba a ser posible.

Entonces se adelantó la propia Irene diciendo que, a pesar de aquel contratiempo, si quedaban muestras de ADN de Cesar, justamente en la persona de sus dos auténticos hijos biológicos, dicho lo cual se volvió a sentar sonriente, con el aire triunfante de quien ha machacado al contrario.

La Jueza dijo a Lupe si estaría dispuesta a dicha verificación.

Ella sacando de su cartera un grueso álbum contestó, que antes deseaba aportar una nueva prueba al caso, y con la venia de la jueza comenzó a leer la carta de puño y letra que le había dirigido su padre antes de morir: “Lupe Cariño mío, cuando yo no esté, tal vez te puedas sentir muy sola, y llegues a albergar la idea, de que, al fin y al cabo, tienes dos hermanos en España, pero no es cierto, pienso que tú eres mi única hija, te explicaré el porqué: Los primeros años de casado con Irene, yo la admiraba, y secretamente iba coleccionando cualquier noticia sobre ella, por mínima que fuera, aunque apareciera en una revista rosa de tercera. Años más tarde no comprendí porque mis hijos no querían saber nada de mí y me ignoraban por completo, hasta que un día se me abrieron los ojos. Posiblemente la causa era que sabían que no eran realmente mis hijos, volví a releer con otros ojos aquel álbum, que con tanta devoción había coleccionado y vi: Fiestas en Saint Tropez, excursiones en yate con los amigos, discotecas en Ibiza, Etc.... Con la vida social de mi Exesposa, lo raro es que hubieran sido hijos míos, te dejo el álbum para que tu misma juzgues”.

La cara de Irene había cambiado por completo, se levantó furiosa pidiendo que aquella calumnia fuera desestimada e incluso destruida, pero la jueza ya había tomado partido, la ordenó callar secamente y dijo que la carta quedaba admitida como prueba, y en cuanto al álbum... Sólo contenía recortes de revistas que en su momento habían sido públicas y actualmente estaban al alcance de cualquiera en las hemerotecas, si la demandante no se había querellado en su día contra las editoriales, no había razón alguna para que ahora solicitara su destrucción.

Días más tarde dictó sentencia: Si el propio fallecido dudaba de la paternidad de los hermanos y daba por segura la de su hija menor, la prueba de ADN no tenía sentido alguno, porque solo demostraría que unos y otra no eran hermanos entre sí, pero no quien era el auténtico hijo del escritor.

Debía considerarse también que la señorita Guadalupe había pagado religiosamente los importes de las casas, aliviando el problema financiero de su padre, sin privarle de su uso y disfrute, lo cual correspondía a la actitud lógica de una auténtica hija, mientras que, los que se proclamaban como hijos suyos, se desentendían por completo de su estado de salud y situación económica. Por todo ello, la demanda sobre la venta quedaba desestimada. Los sucesivos recursos hasta el supremo interpuestos por Irene avalaron la sentencia original.

Un año después, Lupe conoció a un buen hombre, cuatro años mayor que ella, fue un flechazo, se casaron y tuvieron dos hijos. Cuando él le preguntó, que es lo que le había enamorado tan rápidamente, ella le contestó con una media sonrisa: “Que me recuerdas mucho a mi padre”.

FIN...